



ANIVERSARIOS
TERESIANOS
2023-2025

**Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús
Aniversarios teresianos 2023-2025
2024: Manuscritos B y C**



Ficha 1:
Mi vocación es el amor
(Ms B, 2v-3v)

Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús

Aniversarios teresianos 2023-2025

2024: Manuscritos B y C

Ficha 1: Mi vocación es el amor (Ms B, 2v-3v)

Propuesta para la reunión comunitaria:

1. Lectura del texto.
2. Uno de los participantes, habiendo preparado previamente su presentación, expone el texto con la ayuda de la ficha de lectura (y otros materiales si es necesario).
3. Diálogo comunitario sobre el texto.

Sería bueno realizar una lectura y meditación personal del texto de Teresa antes de la reunión comunitaria.

Nota previa: para facilitar la lectura del texto propuesto, os invitamos a leer primero la carta de su hermana María del Sagrado Corazón (LC 169) y el comienzo de la respuesta de Teresa (LT 196). El intercambio propuesto a continuación se basa en los folios 2v-3v.

De sor María del Sagrado Corazón a Teresa (LC 169)

Jesús. +

Domingo 13 de septiembre.

Mi querida hermana menor,

Le escribo no porque tenga algo que decirle, sino para recibir algo de Usted, de usted que está tan cerca del buen Dios, que es Su pequeña esposa privilegiada a quien Él confía todos sus secretos... Son bien dulces los secretos de Jesús a Teresa, y quisiera escucharlos de nuevo. Escríbame una palabra, puede ser que este sea su último retiro, ya que el racimo dorado de Jesús debe estar ansioso por ser recogido. La pequeña Teresa debe estar tentando allá arriba tanto a Jesús como a María, a papá y mamá, y a los 4 pequeños ángeles, y a todos los santos del Cielo y a todos los ángeles que ha tomado por familia. Pídale a Jesús que me ame también como a su pequeña Teresa.

¡Ah! La pequeña Teresa ha crecido, ha crecido, y sin embargo, sigue siendo la pequeña, sigue siendo la benjamina, sigue siendo la favorita que Jesús (como aquel pobre padre) sostiene de la mano. Para ella, se va de nuevo como antes, mirando las estrellas del Cielo y cerrando los ojos a todas las cosas de aquí abajo. Pero Su Esposo celestial no la engaña más que su padre... No la conduce hacia los precipicios, no la deja caer. ¡Todo lo contrario!... La mece suavemente en Su corazón, sonrío ante su entrega y acumula para ella mil y mil tesoros... ¿No es Él toda su fortuna? Por eso, la pequeña Teresa no se preocupa de nada más que de amar a su Jesús.

¡Ah! le pido que rece mucho por su pequeña madrina que tanto le quiere, para que también ella, cerrando los ojos a todas las cosas de la tierra, solo piense en mirar hacia arriba, trabajar para el Cielo, y perfeccionarse en el arte de amar. Esa es la perla preciosa (Mt 13, 46) que posee la pequeña Teresa, y su pequeña madrina desearía disfrutar de ese tesoro junto con ella.

M. del S. Corazón, rel .carm .ind.

Nuestra Madre ha permitido que me responda (a vuelta de correo).

De Teresa a sor María del Sagrado Corazón (LT 196)

13 (?) de septiembre de 1896

J.M.J.T.

Jesús +

¡Oh hermana mía querida!, me pide que le dé un recuerdo de mi retiro, retiro que tal vez sea el último... Puesto que nuestra Madre lo permite, es para mí una alegría poder conversar con usted que es dos veces mi Hermana; con usted, que me prestó su voz, prometiendo en mi nombre que no quería servir más que a Jesús cuando aún no me era posible hablar... Querida Madrnita, aquella niña que ofreció al Señor es la que le habla esta tarde, la que le ama como sólo una hija sabe amar a su Madre... Sólo en el cielo conocerá toda la gratitud de que rebosa mi corazón... ¡Oh hermana querida! Usted querría escuchar los secretos que Jesús confía a su hija pequeña. Yo sé que esos secretos se los confía también a usted, pues fue quien me enseñó a recoger las enseñanzas divinas; sin

embargo, trataré de balbucir algunas palabras, aunque siento que a la palabra humana le resulta imposible expresar ciertas cosas que el corazón del hombre apenas si puede vislumbrar... No crea que nado entre consuelos, ¡oh no! mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacer oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace por medio de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una palabra como la que he encontrado al final de la oración (después de haber permanecido en el silencio y en la sequedad): «He aquí el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del Amor». ¡La ciencia del Amor, ¡oh sí! estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, solo el amor, puede hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono.

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa Divina hoguera. Este camino es el abandono del niño pequeño que se duerme sin miedo en brazos de su Padre... «Si alguno es muy pequeño, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «La misericordia se le concede a los pequeños». En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los pequeños corderos y los estrechará contra su pecho», y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en

mi regazo y sobre mis rodillas os acariciaré». ¡Oh, madrina querida!, ante un lenguaje como este, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento y de amor...

Ah, si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu pequeña Teresa, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y agradecimiento, como dijo en el salmo XLIX: «No aceptaré un becerro de tu casa ni un cabrito de tus rebaños, pues las fieras de la selva son más y hay miles de bestias en mis montes; conozco todos los pájaros del cielo... Si tuviera hambre, no te lo diría, pues el orbe y cuanto lo llena es mío. ¿Comeré yo carne de toros, beberé sangre de cabritos?...

Ofrece a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias». He aquí, pues, todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor, puesto que ese mismo Dios que declara que no tiene necesidad de decirnos si tiene hambre, no temió en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor... ¡Ah! Lo siento más que nunca, Jesús está sediento. No encuentra más que ingratos e indiferentes, entre los discípulos del mundo y entre sus propios discípulos ¡ay!, pocos corazones encuentra que se entreguen a él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito.

Hermana querida, qué dichosas somos puesto que comprendemos los íntimos secretos de nuestro Esposo, ¡ah! si usted quisiera escribir todo lo que sabe de ellos, tendría-

mos bellas páginas que podríamos leer. Pero ya lo sé, prefiero guardar «los secretos del Rey» en el fondo de su corazón, mientras que a mí me dice «que es cosa loable publicar las obras del Altísimo». Creo que tiene razón en guardar silencio, y sólo por complacerle escribo yo estas líneas, pues siento mi impotencia para expresar con palabras de la tierra los secretos del cielo; y además, aunque escribiera páginas y más páginas, seguiría teniendo la impresión de no haber empezado todavía... Hay tal diversidad de horizontes, matices tan infinitamente variados, que sólo la paleta del Pintor celestial podrá proporcionarme, después de la noche de esta vida, los colores apropiados para pintar las maravillas que él descubre al ojo de mi alma.

Hermana querida, me pedía que le escribiera mi sueño y mi «pequeña doctrina», como usted la llama... Lo he hecho en las páginas que siguen; pero tan mal, que me parece imposible que consiga entender nada. Tal vez mis expresiones le parezcan exageradas... Perdóneme, ello se debe a mi estilo demasiado confuso. Le aseguro que en mi pobre alma no hay exageración alguna: en ella todo es sereno y reposado...

(Al escribir es a Jesús a quien hablo; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos... Lo cual, ¡ay!, no impide que estén muy mal expresados.)

MANUSCRITO B, 2v-3v

¡Oh amado mío!, esta gracia no era más que el prelude de otras gracias mayores con que tú querías colmarme. Déjame, mi único amor, que te las recuerde hoy..., hoy, el sexto aniversario de nuestra unión... ¡ah! Perdóname Jesús, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que lindan con lo infinito, perdóname ¡¡¡y cura mi alma dándole lo que espera...!!!

Ser tu esposa, oh Jesús, ser carmelita, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: Carmelita, Esposa y Madre; sin embargo, siento en mi interior otras vocaciones: siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por ti, Jesús, las más heroicas hazañas... Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla...

Siento en mí la vocación de sacerdote. ¡Con qué amor, Jesús, te llevaría en mis manos cuando, por mi voz, bajaras del cielo...! ¡Con qué amor te entregaría a las almas...! Pero, ¡ay!, aun deseando ser sacerdote, admiro y envidio la humildad de san Francisco de Asís y siento en mí la vocación de imitarle renunciando a la sublime dignidad del sacerdocio.

¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida...!, ¿cómo unir estos contrastes? ¿Cómo convertir en realidad los deseos de mi pobre pequeña alma?

¡Ah! a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores; tengo vocación de

apóstol... Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel. Pero Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo, y hasta en las islas más remotas... Quisiera ser misionero no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y serlo hasta la consumación de los siglos. Pero, por encima de todo, amado Salvador mío, quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi sangre...

¡El martirio! ¡El sueño de mi juventud! Un sueño que ha ido creciendo conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio... Para quedar satisfecha, tendría que sufrirlos todos... Como tú, adorado Esposo mío, quisiera ser flagelada y crucificada... Quisiera morir desollada, como san Bartolomé... Quisiera ser sumergida, como san Juan, en aceite hirviendo... Quisiera sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires... Con santa Inés y santa Cecilia, quisiera presentar mi cuello a la espada, y como Juana de Arco, hermana querida, quisiera susurrar tu nombre en la hoguera, Jesús... Reflexionando en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempos del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí... Jesús, Jesús, si quisiera poner por escrito todos mis deseos, necesitaría que me prestaras tu libro de la vida, donde están consignadas las hazañas de todos los santos, y todas esas hazañas son las que quisiera haber realizado por ti...

Oh Jesús mío, ¿qué responderás a todas mis locuras...? ¿Existe acaso un alma más pequeña y más impotente que la mía...? Sin embargo, Señor, precisamente a causa de mi debili-

dad, te has complacido en colmar mis pequeños deseos infantiles, y hoy quieres colmar otros deseos míos más grandes que el universo...

Como estos mis deseos me hacían sufrir durante la oración un verdadero martirio, abrí las cartas de san Pablo con el fin de buscar una respuesta. Y mis ojos se encontraron con los capítulos XII y XIII de la primera carta a los Corintios... Leí en el primero que no todos pueden ser apóstoles, o profetas, o doctores, etc...; que la Iglesia está compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no puede ser al mismo tiempo la mano. ... La respuesta estaba clara, pero no colmaba mis deseos ni me daba la paz... Al igual que Magdalena, bajando siempre hacia la tumba vacía, acabó encontrando lo que buscaba, así también yo, abajándome hasta las profundidades de mi nada, subí tan alto que logré alcanzar mi objetivo...

Seguí leyendo, sin desanimarme, y esta frase me reconfortó: «Buscad con ardor los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino superior». Y el apóstol va explicando cómo los mejores carismas nada son sin el amor... Y que la caridad es ese camino excelente que conduce con seguridad a Dios.

Había encontrado por fin el descanso... Al considerar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocerme en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos; comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de Amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer obrar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles ya no anuncia-

rían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que es eterno...!

Entonces, con el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, sois vos quien me lo habéis dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!

¿Por qué hablar de una alegría delirante? No, no es esta la expresión justa. Es, más bien, la paz tranquila y serena del navegante al divisar el faro que ha de conducirle al puerto... ¡Oh, faro luminoso del amor, yo sé cómo llegar hasta ti! He encontrado el secreto para apropiarme de tu llama.

No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecerme como víctima a tu amor, ¡oh Jesús! Antiguamente, sólo las hostias puras y sin mancha eran aceptadas con agrado por el Dios fuerte y poderoso. Para satisfacer a la justicia divina, se necesitaban víctimas perfectas. Pero a la ley del temor le ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura, como holocausto... ¿No es ésta una elección digna del amor...? Sí, para que el amor quede plenamente satisfecho, es preciso que se abaje hasta la nada y que transforme en fuego esa nada...

Introducción al texto:

En esta ocasión, los textos son probablemente un poco largos. Esto se debe a la lectura previa de dos cartas que os proponemos como introducción para comprender bien el sentido del pasaje elegido (LC 169 y LT 196). El intercambio se hará sobre el Manuscrito B, pero es bueno tomarse el tiempo de leer estas dos cartas.

Su vocación carmelita “no le es suficiente”, ella necesita una respuesta de Dios: Teresa la buscará en las Escrituras. Soñaba con responder a todas las vocaciones, en todas partes y siempre, y bajo sus formas más heroicas. En el apóstol san Pablo encuentra la respuesta, cuando él afirma que el amor abarca todas las vocaciones.

“Mi único amor” (Ms B, 2v): esto es lo que Teresa grabará como un grafiti en el dintel de la puerta de su celda: “Jesús es mi único Amor”.

“El valor de un cruzado, de un zuavo Pontificio¹” (Ms B, 2v): Teresa, al igual que su hermana Celina, siempre ha tenido la fibra guerrera y caballeresca. Utiliza con gusto el vocabulario militar. Así, en la Poesía 36, no duda en decir: “Y en el campo de mi apostolado / ¡Como un guerrero, me lanzo al combate!”.

1 El batallón de los zuavos pontificios, creado el 1 de enero de 1861 siguiendo el modelo de las tropas de zuavos del ejército francés, cuyo uniforme exótico era muy popular a mediados del siglo XIX, se convirtió en regimiento el 1 de enero de 1867. Estaba compuesto por voluntarios, principalmente franceses, belgas y neerlandeses, que vinieron a defender el Estado pontificio, cuya existencia estaba amenazada por la realización de la Unidad italiana.

“Misionera” (Ms B, 3r): es una de las vocaciones que realizó plenamente, ya que será proclamada patrona de las misiones y los misioneros por el papa Pío XI el 14 de diciembre de 1927.

“El martirio” (Ms B, 3r): más allá de todas las vocaciones que Teresa siente en ella, el martirio domina. Encuentra a estos mártires durante su peregrinación a Italia, y también está su mártir preferida: santa Juana de Arco, sobre la cual escribió dos recreaciones (la primera y la tercera, RP 1 y RP 3).

“Ofrecerme como víctima a tu amor” (Ms B, 3v): Teresa vuelve aquí a su acto de ofrenda al Amor Misericordioso que hizo el 9 de junio de 1895. Sin embargo, insiste aquí más en la debilidad, en la infancia y la pequeñez.

“Que transforme en fuego esa nada” (Ms B, 3v): excepto una mención en el manuscrito A (81v), la palabra “nada” no aparece en Teresa hasta la prueba de la fe.

Para el diálogo comunitario:

1. *¿Qué dice el texto?* Comprender el contenido y el sentido principal del texto de Teresa.
2. *¿Qué nos dice el texto hoy?* Captar la actualidad (social, eclesial, espiritual...) del texto.
3. *¿Qué me/nos dice el texto?* Actualizar y aplicar el texto a la vida personal y comunitaria.

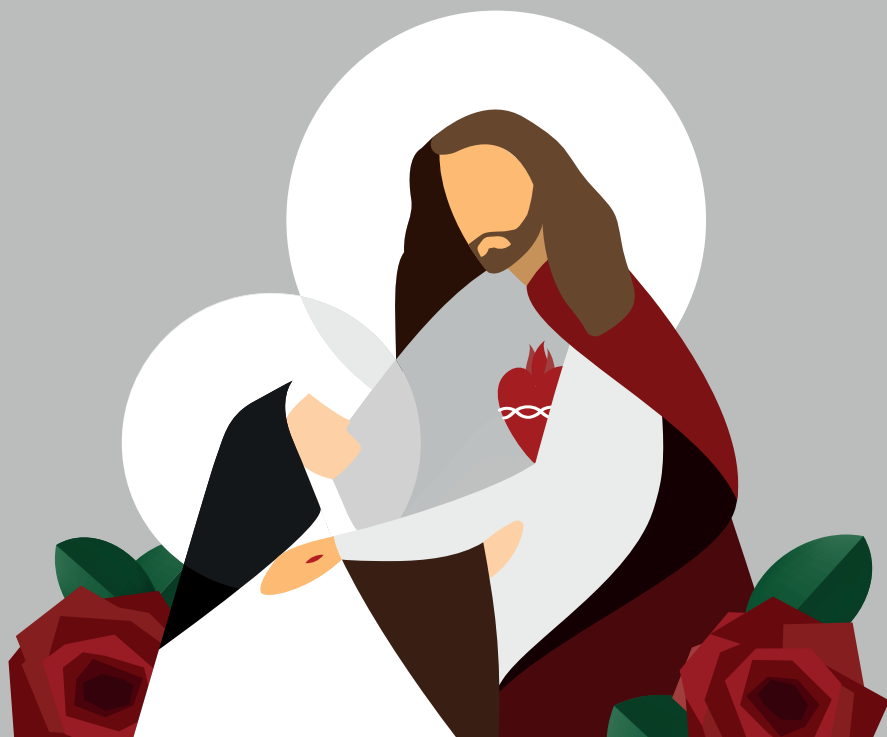
El objetivo de este recorrido es permitir que Teresa nos hable, nos cuestione, nos anime y acogerla para iluminar y confirmar nuestro propio camino personal y comunitario. Las preguntas propuestas son solo indicativas y pueden acompañar la meditación personal y el intercambio comunitario.

Preguntas:

1. *¿Cuál es la pregunta esencial que se hace Teresa cuando es confrontada a la prueba de la fe? ¿Tenemos esta pregunta en nosotros? ¿Cuándo resurge en el itinerario de nuestra vida?*
2. *¿Cuál es mi vocación esencial? ¿Cómo y cuándo se expresa de manera privilegiada? ¿Qué lugar tiene concretamente la Iglesia en nuestra vocación carmelita?*
3. *¿Qué le permite a Teresa afirmar que su vocación al amor es auténtica y que es un don de Dios?*



ANIVERSARIOS TERESIANOS
2023-2025



CARMELITAS DESCALZOS

Curia General del Carmelo Teresiano

www.carmelitasdescalzos.com